

NOTICIAS DE LIBROS

DEXTER PERKINS: *La era revolucionaria de Franklin Roosevelt*. Ediciones Marymar. Santa Fe (Argentina), 1967, 194 págs.

Franklin Roosevelt es una de las grandes figuras de la historia norteamericana y, desde luego, uno de los presidentes que más honda huella ha dejado. El mandato de Roosevelt supuso para los Estados Unidos una total renovación de las estructuras políticas y sociales. Su mandato, ciertamente, es considerado como *la era revolucionaria*. ¿Pero qué revolucionó?

Contestar a esta pregunta constituye el sugestivo *leit-motiv* del libro. Roosevelt pertenece, como es sabido, a una de las épocas más dramáticas de toda la historia de los Estados Unidos. Al estudiar su figura hay que proceder con recta intención y, especialmente, con la máxima veracidad posible. Por ello, hace muy bien el autor en señalar, al comienzo de su libro, que la nueva era de Roosevelt fue nueva de verdad. Los años rooseveltianos introdujeron un concepto positivo de la responsabilidad en el que jamás se había insistido anteriormente: la responsabilidad de aliviar las penurias y la desocupación; la responsabilidad de asegurarle al campesino una proporción mayor del producto nacional; la responsabilidad, en definitiva, de mantener la paz en las relaciones obrero-patronales.

Nadie, sin embargo, de los que votaron por Franklin Roosevelt en 1932 —nos dice el autor de este libro— pudieron predecir la trascendencia interna e internacional de su política.

Es, por ello, una figura contradictoria puesto que, en verdad, pocos presidentes de Estados Unidos han suscitado una devoción más profunda entre sus contemporáneos y, a la vez, ninguno provocó más hostilidad. Puede decirse y, por supuesto, es lo más importante, que, a pesar de la época de radicales cambios político-sociales, Roosevelt gozó de la confianza del pueblo americano.

Cuanto antecede suscita en el autor del libro dos importantes preguntas: ¿Por qué fue tan amado? ¿Por qué tan odiado? En la mayor parte de estas páginas el profesor Dexter Perkins glosa las escenas íntimas de la vida del presidente, su técnica política, su poder de penetración y la difícil facilidad con la que vislumbraba soluciones adecuadas para los más agudos y peligrosos problemas; por ejemplo, el de la crisis bancaria de 1933, que, efectivamente, Roosevelt solucionó de la más intrincada manera aunque, justamente, con plena eficacia.

Los problemas internos que Roosevelt tuvo que vencer—crisis económicas, seguridad social, reorganización constitucional y, especialmente, el de la administración de justicia—no le impidieron llevar a feliz término su política externa, conocida anecdóticamente por «la política del buen vecino». Conviene, llegado este punto, recordar que cuando Roosevelt prestó juramento la escena internacional no

era de ningún modo alentadora. En su programa político la imagen de América Latina ocupó un lugar preferente a pesar de que, entre los diplomáticos profesionales, existía una total despreocupación por los países latinoamericanos. La política externa del presidente Roosevelt se concentró, en efecto, en los siguientes puntos: no intervención en los asuntos de los Estados independientes, la cooperación interamericana y la reducción de las barreras de comercio. Pone el autor de este libro muchísimo interés en destacar las principales características que definen el contenido de «la política del buen vecino», a saber: «una notable tolerancia hacia las políticas económicas de las repúblicas latinoamericanas. La administración—subraya el profesor Dexter Perkins—se mantuvo al margen en las cuestiones surgidas por el incumplimiento de muchas de esas repúblicas en cuanto a sus deudas, y siguió una política de lo más mesurada cuando las mismas trataron en forma descomedida a los intereses norteamericanos».

Finalmente fija el autor su atención en el hecho que, desde el punto de vista internacional, podemos considerar más importante en el mandato de Roosevelt: *La Carta del Atlántico*. «Estaba escrita—afirma—en términos

cautelosos; difícilmente puede decirse que constituyera un programa en el sentido literal de la palabra. Pero hablaba de la liberación de pueblos oprimidos, de mayor libertad de comercio, de colaboración económica, de una paz en la cual los hombres pudieran vivir seguros y cruzar mares y océanos sin impedimento, de la eventual reducción de armamentos.»

Analizando más a fondo la situación, añade en otro lugar de la obra el profesor Dexter Perkins, que en vista de que Estados Unidos no estaba todavía en guerra, fue un acto de notable audacia por parte del presidente el asociarse en tal forma con el primer ministro de Gran Bretaña. Roosevelt, indudablemente, procuró subrayar la identidad de ideales y objetivos entre los Estados Unidos y Gran Bretaña.

Naturalmente, el profesor Dexter Perkins ha sintetizado—imperativamente—otros aspectos del pensamiento político de Roosevelt, cuya exposición exigen mayor autonomía y extensión; a saber: sus proyectos en pos de la unidad nacional—estadounidense—y, sobre todo, su más alta idea, es decir, su sueño dorado, la creación de una sociedad de naciones para el mantenimiento de la paz.

J. M. N. DE C.

WILFRED WOOD-JOHN DOWNING: *Vicious circle* (The coloured people in Britain). S. P. C. K. The Millbrook Press, Londres, 1968, 88 págs.

En los comienzos del corriente siglo XX, uno de los famosos iniciadores del «negrismo» internacional, o sea, el escritor estadounidense de color W. E. Dubois, sostuvo que el gran problema de dicho siglo sería el de las «barreras de colores», el de las discriminaciones raciales. Las previsiones de Dubois fueron desde luego muy exageradas; puesto que él no podía prever la Segunda Guerra Mundial, ni el hecho de que después de ella la mayoría de los pueblos llamados de color que antes vivían bajo estatutos coloniales, llegarían a ser Estados nacionales independientes y miembros

activos de la O. N. U. Sin embargo, los problemas de los prejuicios raciales respecto a núcleos humanos procedentes del «Tercer Mundo» que viven dentro de naciones blancas de formaciones anglosajonas, sigue candente y generalmente tiende a agravarse. Dejando aparte el conocido caso de los negros y otros núcleos menores de Norteamérica, el mayor nudo del problema se encuentra hoy en Gran Bretaña.

A finales del año 1966 el número total de personas denominadas «de color» que habitaban en Gran Bretaña era aproximadamente de un millón. El

aumento posterior de la afluencia desde las Antillas británicas, así como el haber podido conseguir libre entrada algunos núcleos de los indios y pakistanos con pasaportes ingleses que fueron expulsados de Kenya, ha elevado el número total del «coloured people» en Inglaterra y el resto del Reino Unido a casi millón y medio. Según los datos más detallados de 1966, los negros y mulatos antillanos sumaban 480.000; los de orígenes indostánicos, 323.000, y los de Africa occidental, Malaya, etc., unos 125.000. La mayor parte tienden a agruparse en las grandes ciudades. Así, 380.000 en el gran Londres, 100.000 en Birmingham y el resto entre Liverpool, Manchester, Nottingham y Bradford. Generalmente con tendencias a vivir en áreas donde quedan casi aisladas de la población inglesa, con la cual coexisten pero casi no conviven.

Un escritor y sociólogo procedente de las americanas «Indias Occidentales» y otro nacido en Inglaterra han emprendido juntos la tarea de estudiar y exponer el conjunto de los problemas que se van originando por la formación de una minoría de gentes «diferentes» y en parte ex coloniales, dentro del conjunto territorial inglés de estructura nórdica. Wilfred Wood y John Downing se proponen razonar y divulgar su convicción de que es vital y urgente reconocer el problema de «color» en Gran Bretaña; no sólo como un hecho histórico y social interno, sino en relación con sus proyec-

ciones internacionales sobre sectores de la Commonwealth y de los países independientes del Tercer Mundo. Dicen que de la solución rápida del problema de los emigrados no-blancos depende para Inglaterra el poder dar muestras de que sigue siendo una de las raíces de una civilización de valor mundial en nuestro siglo. Y solicitan (dentro de la misma Gran Bretaña), para apoyo de su campaña, el concurso de las entidades o asociaciones religiosas.

En el detalle de las partes de la obra de Wilfred Wood y John Downing, algunos de los puntos de mayor interés son el análisis (uno por uno) de los nuevos grupos raciales instalados en las islas británicas; sus formas de vida y trabajo; las reacciones que produce su presencia; los orígenes de los primeros síntomas racistas entre la población blanca, y los remedios propuestos. Además un apéndice con los nombres y direcciones de los organismos que se ocupan en resolver aspectos de los problemas del «color» en Inglaterra, así como una bibliografía seleccionada.

Todo ello está presentado dentro de las líneas generales de una colección de manuales, donde bajo el título común de «Here and Now» se trata de exponer los problemas más recientes y candentes dentro de una gran sinceridad, en la que se atiende a lo informativo más que a lo polémico.

R. G. B.

ROBERT HEUSSLER: *The British in Northern Nigeria*. Oxford University Press, Londres, 1968, 210 págs.

Nigeria es no solamente el país que cuenta con mayor número de habitantes en todo el continente africano, sino aquel en el cual las dificultades de su reajuste como Estado moderno se han hecho más violentas y se han prolongado más tiempo. La sanguinaria guerra en las regiones de Biafra, o Nigeria del Sudeste, no sólo afecta a la definitiva organización interna, sino al juego de las influencias inter-

nacionales de quienes apoyan a los biafreños o a los gubernamentales. Por otra parte, la excesiva prolongación de la inestabilidad nigeriana puede afectar a la posibilidad de establecer un equilibrio regional permanente en todo el área tropical afro-occidental. Estos problemas han acrecentado el interés que Nigeria despierta vista desde Europa, e indirectamente han llamado la atención sobre cuáles fue-

ron los orígenes de la creación de aquel país en sus tiempos coloniales británicos.

Dentro de toda Nigeria, las regiones del Norte tienen un interés especial no sólo por su mayor extensión y población, sino porque ahora de hecho casi todo el poder ha pasado a manos de los norteos. Y es necesario tener en cuenta que de hecho los norteos, puestos desde 1900 bajo un régimen regional de protectorado, conservaban una gran cantidad de atribuciones de fuerza y soberanía. En enero de 1914 dicho Norte fue reunido con la colonia inglesa que formaban Lagos más el Sudeste y Sudoeste, bajo el título común de «Colony and protectorate of Nigeria», bajo un solo gobernador general. En octubre de 1954 aquel doble sistema pasó a llamarse «Federación», en la cual la cabeza oficial estaba al Sur, pero la mayor parte del cuerpo era el Norte. En octubre de 1960 llegó Nigeria a ser un Estado independiente bajo la Commonwealth británica. Y en octubre de 1963 se proclamó la república.

Entonces el mayor esfuerzo era intentar una igualdad de atribuciones entre las tres partes del país. El Sudeste, como más modernizado, más britanizado y más inquieto políticamente, tendía a hacer predominar sus influencias. Hasta que en enero de 1966 el golpe de Estado del coronel Irongi

provocó la ejecución del jefe del Estado, que era norteo, así como de los primeros ministros regionales del Norte y del Oeste. El contragolpe del teniente coronel Yakubu Gowon restauró el federalismo, a la vez que ponía en todos los puestos difíciles a gentes del superpoblado y bien articulado Norte. En mayo de 1967 se sublevó Biafra y en 1968 los federales reconquistaron la mayor parte de ella.

Todos estos antecedentes hacen necesario conocer, con objetividad y precisión documental, cuáles fueron las normas según las cuales la parte septentrional nigeriana fue organizada como un conjunto especial y original en el tiempo del protectorado británico. El libro de Robert Heussler es sin duda el mejor, e incluso el único para precisar cuáles fueron las formas de gobierno y administración regionales que allí se emplearon, así como sus resultados concretos. En realidad, el Norte de Nigeria había adquirido ya bajo la tutela inglesa un alto grado de autonomía, que luego ha servido para impulsarla a tomar las riendas del Poder general federal. Con un repertorio de posibilidades en el cual Robert Heussler subraya las estructuras burocráticas y las orientaciones económicas.

R. G. B.

BALTASAR PORCEL: *El conflicto árabe-israelí*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1969, 182 págs.

Aunque son ya muchos, y acaso demasiados, los libros publicados en diversos idiomas, sobre los problemas del ahora llamado Oriente Medio, desde el ataque de Israel a varios países árabes en junio de 1967, dichos libros no siempre son plenamente utilizables como documentación objetiva. Esto ocurre principalmente cuando suelen tomar como puntos de partida algunos apriorismos deliberados. Incluso respecto a varias de las obras informativas más serias y completas, suelen ser un inconveniente el que se apoyen sobre un solo aspecto del pleito árabe-

judío, dejando en lugares secundarios a los demás. Sin embargo, lo más característico de dicho pleito es que no se compone tanto de incompatibilidades fundamentales como de contraluzes complementarios. Así las luchas de los sionistas con sus vecinos (y parientes) árabes, son a veces modos opuestos de sentir cosas semejantes.

El breve, pero muy claro y densamente concentrado libro de Baltasar Porcel sobre el conflicto árabe-israelí representa un modelo de probidad informativa y método de exposición. Es el fruto de un viaje que su autor rea-

lizó a Egipto e Israel durante el invierno de 1968. Se limitó y concentró a estudiar las posiciones de ambos países, como principales factores activos. La R. A. U., en su paradójico y dramático doble papel de país apertamente derrotado, y a la par la cabecera de un universo árabe que aún no ha movilizado sus enormes recursos. El Estado israelí en su no menos dramática situación de arrogante vencedor, imposibilitado de afianzar una victoria rotunda o una simple convivencia. Ambos países, enredados por otra parte entre los imperialismos de las potencias mundiales.

Baltasar Porcel, en sus recorridos orientales, llegó a la conclusión de que «Egipto e Israel existen frente a frente, enlazados su presente y su futuro». Por eso en los capítulos de su libro se van alternando los de Egipto y los de Israel, de acuerdo con un orden temático. Así, por ejemplo cuando se trata de la máquina de guerra, la capacidad económica, o los programas estatales de El Cairo y Tel-Aviv al publicarse lo referente a uno seguido por lo concerniente al otro, pueden apreciarse en sus dimensiones precisas: o sea respecto a sí mismo y al adversario. En cuanto al contenido de dichos capítulos alternados, la intención es exponer hechos vividos, sin prejuicios a favor de ninguno de los bandos. Y es un factor muy valioso

el de los textos directos. Como una entrevista de Baltasar Porcel a David Ben Gurión, y una recapitulación sobre la Resistencia de los «fedayin» palestinos.

En resumen, el referido libro trata de entender y explicar el conflicto arábigo-israelí como una totalidad dinámica y en evolución. Por ello afirma que los aspectos doctrinales expuestos en los textos y comentarios oficiales de unos y otros exigen ser comprobados y valorados sobre el terreno, recogiendo el material vivo con toda su dramática crudeza. De aquí el realismo descarnado que predomina en unas descripciones de las cuales dice el autor que no están «forzadas por ningún pretendido moralismo idealista».

Así, entre lo general abstracto se intercala lo humano concreto de diversas personas que Porcel conoció y trató como figuras representativas. Tales un soldado egipcio del Sinaí; un burócrata de El Cairo; el administrador de un Kibutz judío de Samaria; o un técnico de las fábricas del Mar Muerto. Todos privados o casi privados de sus naturales derechos a la vida y la felicidad. Enfrentados con un conjunto de desesperaciones, que sólo podrían tener remedio en una Palestina única, sin predominios religiosos ni raciales.

R. G. B.

KERTESZ-FITZSIMONS y varios más: *Imágenes de los Estados Unidos*. Editorial Troquel. Buenos Aires, 1968, 278 págs.

Cuesta trabajo creer que una sociedad tan profundamente avanzada como, sin duda, lo es la americana, tenga, en la hora presente, planteados tantos y tan dispares problemas.

Para comprender más a fondo algunas de las perspectivas que este libro nos presenta en torno de la economía, la política y la cultura de la nación americana es preciso, cuando menos, no perder de vista que estas páginas fueron dadas a la imprenta hace, aproximadamente, unos diez años. La traducción de este libro, pues, nos llega tarde. Diez años, efectiva-

mente, pesan mucho sobre la vida de los hombres y también, lógicamente, en el desarrollo económico y cultural de una nación.

El lector que se acerque a este libro encontrará, a pesar de todo, la imagen nítida de una de las épocas más felices de la vida político-social norteamericana: la del mandato del general Eisenhower.

No pretendemos insinuar con cuanto antecede que en esos diez años atrás que, claro está, retrospectivamente se examinan en el libro, Norteamérica no tuviese problemas. Una superpo-

tencia como los Estados Unidos que, sabido es, su característica más acusada ha sido y es la gran marcha ascendente que registra en su historia, siempre, necesariamente, ha tenido y tendrá que vencer serios obstáculos.

De entre los problemas económicos—siempre ha sido la economía la piedra angular de la política norteamericana—que sobre 1957 embargaban la mente de los dirigentes americanos se estudia en estas páginas, con todo detenimiento, el referente a *la concentración del poder económico* que, efectivamente, originó infinitos complejos político-sociales que, como hemos podido observar en los cinco últimos años, sólo han podido ser solucionados gracias al empleo de los métodos más audaces de la tecnología. Hoy, se afirma, la empresa americana no sólo ha crecido sino que, a la vez, se ha popularizado. Entendiendo por popularización la pérdida o, al menos, la sensible debilitación de la relación—fuerte relación en otros tiempos—entre propiedad y control, nota, claro es, tradicional del capitalismo.

Nos parecen, sin embargo, muy poco afortunadas las palabras de los autores al tratar de justificar la hegemonía de la economía norteamericana: «La economía de Estados Unidos, pese a su capacidad masiva para producir riqueza material, tiene una posición ambivalente en el tribunal de la opinión del mundo, siendo a la vez objeto de gran envidia y de gran desdén. El Partido Comunista de la Unión Soviética, aunque he reconocido los logros productivos de la economía norteamericanas al proponerse como meta su superación, ha calumniado a la sociedad de Estados Unidos y representado a sus ciudadanos como paniaguados empobrecidos y capitalistas rapaces. Aún las naciones amigas, a pesar de su ansiedad por recibir los beneficios de su poderío económico, se mantienen reacias por temor a resultar contagiadas por algún virus ideológico norteamericano».

Naturalmente, se dedican unos cuantos capítulos de la obra a supervisar, aunque muy por encima, la significación y la trascendencia política que la

Constitución ha tenido para el pueblo americano. No dudan los autores en considerarla, no sin cierta gracia poética, como «Constitución viviente» y, por supuesto, se destacan—según la ideología de los políticos americanos—sus inigualables cualidades: «Al examinar la Constitución de Estados Unidos, que es la constitución federal más perfecta que haya existido, uno queda sorprendido ante la variedad de la información y el grado de discernimiento que supone en las personas a las que está destinada a gobernar. El Gobierno de la Unión se apoya casi totalmente en ficciones legales; la Unión es una nación ideal, que sólo existe, por decirlo así, en la mente, y cuyo límite y extensión sólo pueden discernirse por el entendimiento».

Otro problema cuyo planteamiento tampoco podía dejarse en silencio es el referente a la libertad, igualdad y segregación. En realidad, este problema ha sido más espinoso y, por ende, el más consustancial a casi todas las épocas del pueblo americano. Preocupación máxima, por tanto, de gobernantes y políticos. No nos sorprende en absoluto que los autores de este libro, quizá apasionadamente, afirmen que «en el credo democrático norteamericano la libertad y la igualdad son inseparables. La libertad es como el amor: se la comparte sin pérdida, y se la comprende plenamente solo cuando se la comparte en igualdad con alguien más. La misma esencia de la libertad reside en el hecho de que las restricciones que la hacen posible y los privilegios que confieren deben aplicarse en forma igualitaria a todos los ciudadanos. Cuando las restricciones son desiguales, los privilegios son desiguales, incluso el privilegio de luchar por la igualdad».

Los recientes y penosos acontecimientos—presentes en la memoria de todos—, desvirtúan la sinceridad de las palabras que anteceden. Independientemente, pues, de los aspectos que ligeramente hemos enumerado se nos habla en el libro de otros importantes ingredientes de la vida americana: la literatura, el arte, la educación, los

NOTICIAS DE LIBROS

medios de comunicación de masas, etcétera... Lástima, insistimos, que esta obra nos haya llegado cuando, en efecto, los Estados Unidos presentan una

imagen totalmente distinta de la gloriosa en el libro del que damos noticia.

J. M. N. de C.

GREINER (Red.): *Slowakei VI/9*. Köln-München, 1968. Matús-Cernák-Institut, 112 págs.

PAUCO (Ed.): *Slovakia XIX/42*. Middletown, Pa., 1969. The Slovak League of America, 211 págs.

Históricamente, las épocas de crisis constituyen un punto de partida para solucionar los problemas pendientes que, normalmente, se presentan como insolucionables. Es la naturaleza del hombre. Parece que muere; sin embargo, todavía dispone de suficientes fuerzas para señalar—al menos—el camino de seguir... por las futuras generaciones. Épocas de crisis han vivido todas las naciones de la Historia; asimismo la sociedad internacional de pueblos. Queda por localizar un nuevo—y concreto—caso de nuestros días. Este es Checoslovaquia, y dentro de este Estado, Eslovaquia.

Ahora bien, las épocas de crisis, en la vida tanto nacional como internacional, son, al mismo tiempo, épocas de autorredescubrimiento histórico. Los eslovacos buscaban caminos que les condujeran a formar un Estado común con los checos antes de la creación de Checoslovaquia, poniendo como una de las condiciones fundamentales la plena igualdad entre los dos pueblos, por un lado, y por consiguiente la forma federal de gobierno, por otro. El Convenio de Pittsburg, de 30 de mayo de 1918, es la base jurídico-internacional de la unión entre eslovacos y checos. No se cumplió hasta el 6 de octubre de 1938, ampliado con la independencia de Eslovaquia el 14 de marzo de 1939, aunque la situación internacional de entonces aceleraría la marcha de los acontecimientos.

Desde el día 1 de enero de 1969 Checoslovaquia es un Estado federal socialista compuesto de dos Estados nacionales que disponen incluso del derecho de separación: países checos y Eslovaquia. Entre las dos guerras fueron los cristiano-demócratas los

protagonistas del derecho de autodeterminación de los eslovacos y hasta 1945 fueron incluso sus ostentadores en forma de la República Eslovaca. Ahora, cincuenta años más tarde, los propios comunistas eslovacos se decidieron a poner en práctica los principios del derecho de autodeterminación de los eslovacos, aunque con el suplemento de «socialista». En todo caso, esta experiencia es, por el momento, única en el mundo, ya que se trata de una autodeterminación dentro del propio bloque soviético. Los adversarios de los eslovacos, sus «hermanos» checos, no comprenden todavía el cómo pudo llegarse a la federalización de Checoslovaquia. Fue obra de los eslovacos (4,5 millones) contra la política de los checos (9,5 millones), porque los eslovacos pusieron en marcha el proceso de democratización de Checoslovaquia condicionándolo con el de federalización. Después del período de la «oscuridad» (stalinismo de Gottwald, Zápotochy y Novotny), los checos aceptaron las condiciones eslovacas para conservar (durante algún tiempo todavía) el común Estado checoslovaco, pero completamente reestructurado. Lo interesante, y para algún internacionalista incomprensible, es que Bratislava evocaba, esta vez, los principios leninistas de autodeterminación de los pueblos (!!!)..., y los más stalinistas que el propio Stalin no solamente que accedieran a la democratización, sino incluso a la federalización de Checoslovaquia.

Este es el fondo de la crisis checoslovaca, cuya solución parece ser impuesta por el Kremlin. Mientras tanto, los eslovacos construyen su nuevo

NOTICIAS DE LIBROS

Estado, la República Socialista Eslovaca, en todo caso resultado de una larga y dura lucha contra Praga.

La situación actual responde, en parte, a las tendencias independentistas de Eslovaquia a través de la Historia. En el siglo X cae el imperio centro-europeo de Gran Moravia, pero el país conserva su unidad y hasta autonomía dentro de Hungría. En el siglo XVIII, el despertar nacional se hace cada vez más presente, y en 1848 L. Stúr proclama la independencia, que dura sólo algunos meses. En 1919 nace una república soviética eslovaca, sólo que su existencia apenas llega a la conciencia del pueblo. Los años 1938 y 1939 forman parte de las tendencias independentistas; a partir de 1944-45 los comunistas intentan incorporarlas a su programa, sólo que la oposición checa frustró los esfuerzos eslovacos.

Ambas obras constituyen una inapre-

cialable fuente para un enjuiciamiento objetivo del problema eslovaco precisamente en lo referente a la lucha por la realización de la autodeterminación. Ningún internacionalista podrá omitirlas en su aspecto tanto histórico como actual. Grébert, Greiner, Kirschbaum, Kubina y otros constituyen un equipo de grandes valores científicos ofreciendo al interesado material que en condiciones normales es prácticamente inaccesible. Actualiza el problema eslovaco en toda su amplitud e indica el camino de cómo un pueblo puede contrarrestar las contrariedades políticas impuestas por regímenes que tienden a la anulación de su individualidad nacional. La experiencia eslovaca de 1968 tendrá grandes repercusiones en el desarrollo de aquellos pueblos que se encuentran en una situación parecida.

S. G.

NATO after Czechoslovakia. Washington, 1969. The Center for Strategic and International Studies of the Georgetown University, IX-96 págs.

En 1948, Checoslovaquia cae definitivamente bajo el dominio comunista, hecho que aceleraría el proceso de formación de la Alianza Atlántica. Veinte años después, en 1968, este Estado es ocupado por las tropas soviéticas y sus aliados del Pacto de Varsovia. Esta coincidencia obligaría a la N.A.T.O. a revisar su razón de ser y preparar una nueva política de alianza, colaboración y cooperación occidental.

La crisis de la N.A.T.O. se plasmaba durante varios años. Francia decidió separarse de la misma y algunos otros países se encaminaban hacia la misma decisión, en primer lugar el Canadá, Portugal e Islandia. Sin embargo, la invasión de Checoslovaquia dio a entender que no ha desaparecido, ni mucho menos, el peligro de una agresión comunista contra el Occidente.

Con su política de agresión, los so-

viets demostraron que la Alianza Atlántica ha de seguir existiendo, sólo que dentro de la estrategia global de Norteamérica es preciso reestructurarla política, militar y económicamente, creando un clima de confianza entre sus miembros. La presente publicación actualiza los problemas pendientes de la Alianza, busca nuevos instrumentos de su funcionalidad, ofreciendo varias alternativas para su razón de ser. Es el resultado de un equipo de investigadores que recorrieron Gran Bretaña, Bélgica, República Federal, Francia e Italia con el fin de indagar la opinión pública y privada acerca de ciertos líderes de dichos países.

Existen grandes deficiencias en el sistema defensivo occidental y éstas han de ser remediadas lo antes posible.

S. G.

Soviet Sea Power. Washington, 1969. The Center for Strategic and International Studies of the Georgetown University, VIII-134 págs.

En el equilibrio naval de las diferentes potencias, en primer lugar entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, surgen una serie de problemas respecto a tal equilibrio, precisamente. Desde hace muchos años se sospecha que el poder marítimo de la Unión Soviética era algo más que cifras frías ofrecidas «oficialmente» por los ostentadores del poderío naval. Se calculaba, se comparaba y otra vez se calculaba. Nunca los datos respondían a los hechos.

Todos los países marítimos disponen de varias flotas: bélica, mercante o pesquera. Son, al menos, tres los tipos de política marítima, encuadrada en el Derecho Internacional. Sin embargo, examinando la política soviética, re-

sulta que los tres sistemas señalados carecen de valor, sencillamente, porque un buque mercante o pesquero soviético es, y debe ser, necesariamente una pieza de la Marina de guerra de la Unión Soviética. El espionaje forma parte integrante de la política marítima de los soviets, lo que normalmente no ocurre en los países marítimos civilizados—y si lo hacen es porque no quieren ser sorprendidos por los superpácíficos líderes del Kremlin—. Todos los medios sirven a la causa del imperio rojo.

El presente libro recoge lo sustancial sobre el poderío marítimo soviético en su aspecto histórico y actual, su estrategia, función y objetivos.

S. G.

Wehrformen im Atomzeitalter. Wien, 1968. Gesellschaft für politisch-strategische Fragen, 156 págs.

Esta publicación recoge, pura y simplemente, las contribuciones que en el curso de un coloquio internacional celebrado del 20 al 22 de mayo de 1968 en la capital austriaca aportaron diferentes expertos en cuestiones militares y estratégicas, algunos de ellos procedentes de los países del Este europeo. Bien pudiera sospecharse que era uno de aquellos encuentros internacionales organizados por un país neutral en su territorio que en un principio no significa nada, pero que—quíerese o no—conduce, inevitablemente, a la conclusión de que la neutralidad puede incluso perjudicar a la causa en virtud de la cual fue establecida.

En la mayoría de los casos, las conferencias pronunciadas son de expertos militares y estratégicos occidentales, sin embargo, no creemos que la presencia de un «experto» checo y

otro yugoslavo pueda contribuir a la solución del problema implantado precisamente por los estrategas soviéticos, y que es la llamada seguridad europea. Ni Yugoslavia, a pesar de sus diferencias con el Kremlin, ni Checoslovaquia, aún menos después de los acontecimientos de agosto de 1968, lucharán por un orden estable en Europa, tal como se comprende la seguridad del continente aquí en Occidente.

El encuentro en cuestión sirve como punto de orientación referente a cómo el Este persigue sus fines, trátase de un país neutral o no, en contra de las democracias occidentales. La mejor respuesta a esta conferencia fue la invasión del 21 de agosto, mediante la cual los Soviets dieron a entender que la seguridad europea es un asunto de la «pax soviética».

S. GLEJDURA

ROLAND VEZEAU: *L'Afrique face au communisme*. París, 1967. Edimpra, 276 págs.

La descolonización en Africa lleva necesariamente consigo un creciente interés por su desarrollo tan agitador y agitado. Poco sabemos sobre el problema comunista, que no es ni nuevo ni reciente. Ya en el siglo pasado el comunismo se fija en el continente negro y luego de una manera especial desde la creación del régimen soviético en 1917. Ya es historia la postura de los pueblos africanos frente al comunismo. El problema queda agudizado por la acción comunista de los últimos años tratándose de tres presiones: soviética, china y cubana, aunque no todos los desórdenes se deben única y exclusivamente al comunismo.

El porvenir de las nuevas naciones africanas consiste, según el autor, en el cristianismo. Basándose en la naturaleza humana y en el espíritu del Evangelio, la doctrina social cristiana se opone a los extremos del capitalismo monopolístico igual que a cualquier otra forma de autoritarismo. Hasta

cierto punto sería posible e incluso deseable la convivencia entre la doctrina social cristiana y el socialismo africano, ello a pesar de los riesgos que eventualmente pudieran correrse, pero que bien pudieran evitarse mediante el dinamismo que de por sí representan el amor cristiano y la buena voluntad de unos y de otros.

En su conjunto, Africa se pronunció rotundamente en contra del comunismo no aceptando el dilema: o el capitalismo liberal o el comunismo. Escogió el tercer camino de desarrollo, más realista, teniendo en cuenta los valores tradicionales comunitarios, personalistas, etcétera..., dentro de los cuales cabe un amplio sector para la acción cristiana. La lucha ideológica entre el mundo comunista y no comunista forma parte del desarrollo africano y es mucho más importante que los problemas materiales.

S. GLEJDURA

ALBERTO MORAVIA: *La révolution culturelle de Mao*. París, 1968. Flammarion, 219 págs.

Basándose en las observaciones personales de un viaje a la China comunista, el escritor izquierdista italiano presenta, con este libro, un cuadro de la revolución cultural de Mao.

Esta queda representada por dos elementos: el jefe y las masas. Por tanto, ignora y evita la mediación de los intelectuales del partido y de la burocracia y, por el contrario, intenta establecer un contacto directo e inmediato entre Mao Tsé-Tung y el pueblo por radio, prensa mural y manifestaciones callejeras. Otro fenómeno consistiría en que ese pueblo, aunque represente al pueblo entero, es la parte joven del pueblo, los menores de treinta años de edad. Este hecho indica que

Mao se dirigió al sector que carece de experiencias y de sentido crítico, para desencadenar la revolución cultural. Es la violencia y el entusiasmo.

Finalmente aparece otro hecho de suma importancia al enjuiciar el proceso revolucionario-cultural: la relación entre Mao y la juventud china no se basa tan sólo en la pura admiración y devoción de las masas respecto a su jefe, sino en su libro de citas, es decir, en el pensamiento de Mao siendo, por consiguiente, una escuela de formación política en el plano tanto teórico como práctico. Las guardias rojas son alumnos y Mao el maestro.

S. GLEJDURA